

Viaje en el tiempo

Autor: M^a José Mata

Categoría: Intriga / suspense

Publicado el: 19/10/2012

Aquel día, no sabíamos hacia dónde dirigirnos. Ibamos sin rumbo fijo, perdidos en la carretera. Hacía un buen día, estupendo para tomar el sol, creo recordar que a eso íbamos en un principio...

Bajo ese sol deslumbrante y cegador, divisamos a lo lejos una silueta de cilindros y almenas, sobre un monte se alzaba majestuoso y evocador un castillo de grandes proporciones.

A media que avanzábamos, la luz seguía siendo fuerte, pero quedaba poco para la caída de la tarde, era Diciembre. Salimos de la carretera y nos dirigimos hacia un mar de casas y caminos estrechos. Algunas miradas extrañas nos escrutaban. Entramos en el pueblo, y por las indicaciones llegamos hasta el castillo.

Impresionaba estar tan cerca, algo de él te atraía, te magnetizaba, algo tiraba de nosotros hacia arriba, como guiados por una fuerza superior e inexplicable. Estar a su lado, inspiraba muchas sensaciones y pensamientos de otra época.

Teníamos que llegar hasta arriba, teníamos que salir de nuestro mundo real por unos minutos. Comenzamos a ascender la penosa cuesta. Era muy estrecha y curvada, no había protección a los lados, y resultaba sumamente peligroso y arriesgado subir, pero no había otro modo ni camino alternativo.

La luz comenzaba a tornarse más oscura, de manera que los árboles que se hallaban a nuestro paso empezaban a tener un aspecto tenebroso, como sacados de un cuento de terror, las rocas eran como grandes cuevas al borde de un acantilado. El ambiente era frío y húmedo, un tanto sepulcral.

Al mirar hacia abajo, al vacío, observamos un panorama precioso y amplio, visto pocas veces, pero a la misma vez podíamos sentir un vértigo espantoso. Conseguimos llegar hasta la cima, nos dirigimos hacia la puerta de entrada, esta era enorme y de color oscuro, construida en una época medieval, hierro macizo. Un hombre de aspecto corpulento y de edad avanzada, se encontraba

ante la puerta y portaba un manojo de llaves. Tras un breve saludo, le preguntamos si podíamos pasar al interior del castillo. Nos respondió afirmativamente, aunque no podíamos entrar a las dependencias habitadas, ¿**habitadas?** ¿pero es que alguien vivía allí?

Entramos pues. Tras de nosotros, el hombre del manojo de llaves, cerró la puerta con una de ellas, causándo un gran estruendo y un buen susto para nosotros. La llave era enorme y oxidada. Parecía una de esas llaves de cuento, tipo "Barba Azúl".

El lugar era frío. Tenía la sensación de estar en un mausoleo al aire libre. El guía nos condujo hacia el interior. Le seguimos. La aventura iba a comenzar. Subimos por una escalera con grandes peldaños de piedra desgastada. Una vez arriba comenzó a explicarnos la historia del castillo. Interesante y estremecedora. Acabamos de colocarnos definitivamente en la era del medievo, imaginándonos con el arco y la flecha en la mano, mazmorras, torturas, fosas, aceite hirviendo.....

Una altura escalofriante se divisaba desde las almenas, y un precioso sol rojo a punto de perderse en el horizonte, dejaba paso a una oscuridad creciente. Mientras, seguíamos proyectándonos en la imaginación, como uno de esos guerreros de película, sintiendo el peligro de la muerte cerca, y un fuerte dolor en el pecho, cuando sin poder evitarlo te alcanzaba una flecha en el corazón. Cuando despertamos, el guía que seguía a nuestro lado, nos contó una historia que helaba las venas. Un chico joven había caído desde lo alto de una almena recientemente, cuyo resultado fué la muerte. Desde entonces, había colocadas unas protecciones metálicas que aunque no impedían el paso al mirador de la almena, no dejaban de ser inquietantes.

El sol acabó de irse. Comenzó a caer la oscuridad, y el cielo a cubrirse de tinieblas. Sabíamos que estábamos solos en todo el castillo, el guía nos lo hizo saber, y también que podíamos tomarnos todo el tiempo que quisiéramos, pero el cielo comenzaba a tornarse de azul-gris oscuro. Hacía frío allí. El guía nos dejó una linterna, sin la débil luz era imposible adentrarse escalera abajo, hacia las oscuras salas y estancias. Sentíamos ya la noche a nuestras espaldas, cuando nos acercamos despacio hacia el interior. Había varias salas a lo largo de las torres, debían haber sido cuartos de estar en otros tiempos. En una de aquellas torres se encontraba las mazmorras. Notaba que empezaban a dolerme las piernas de las subidas y bajadas de aquellos peldaños fríos y escurridizos, tanto, que a cada peldaño sentía que no podía llegar, que iba a tropezar y rodar hasta abajo. Seguramente, no conseguiría salir de allí con vida. Una de esas empinadas escaleras conducía a una oscuridad total. La mazmorra.

Enfocamos la linterna para poder bajar. El frío cada vez era más penetrante e intenso. Comenzamos a bajar rodeando una curva tras la cual perdíamos todo contacto con el exterior. La propia oscuridad era aún más oscura. Me quedé helada. No sabía en qué dirección moverme, no podía seguir hacia adelante, pero algo que se apoderaba de mi ansia de curiosidad me hizo reaccionar para continuar el descenso. Se podía cortar la tensión con un cuchillo, algo muy especial surgía de aquel pozo oscuro. Un silencio sepulcral se apoderaba de nuestro cuerpo y nuestras mentes. Oscuridad y silencio.

Rechinaban debilmente nuestros pies en contacto con la piedra resbaladiza. La sensación de humedad era tremenda allí abajo, tan abajo, aunque a cientos de metros de la realidad.... El olor a moho y a madera podrida se hacía notar. No sabía si debía seguir bajando, un miedo ascendente subía por mis piernas, a cada paso, a cada peldaño. La fina luz de la linterna quedó quieta. A unos metros de nosotros, una larga cadena de gruesos eslabones de hierro pendía del techo. Ondulaba de un lado a otro, pero ¿como? si allí no había corriente alguna de aire! Estuve a punto de salir de allí como alma que lleva al diablo. Tuve que esforzarme para mantener el tipo, aquello no era ninguna historia de terror, me dije a mi misma !bah! que demonios!, no creo que aqui haya espíritus, pero la verdad es que me estremecía con tan solo pensarlo. Un último impulso me hizo seguir bajando. No quise acercarme demasiado. La cadena no paraba de moverse. En el suelo, justo debajo de ella, había un enorme foso, tapado por una trampilla de madera roida. Parecía una tumba profanada. El hueco era tan hondo, que ni siquiera la luz de la linterna alcanzaba a ver el final de la profundidad. Allí iban a parar los prisioneros y mediante la cadena, se les introducían los alimentos. Crero que la sangre empezó a herlarseme. Cuantas personas habrían muerto allí mismo, bajo mis pies. Sentí angustia. Quería salir de allí. Comenzamos a subir lo más rápido que pudimos los altos peldaños. Una vez fuera, sentí alivio, pero aún había que salir del castillo.

Disfruté de la pequeña aventura. El hombre guía nos esperaba fuera. Le devolvimos la linterna, le pagamos, le dimos las gracias y nos largamos. Quería volver a mi mundo.

Nos encaminamos hacia la realidad, quizá mas tortuosa que la propia mazmorra. Ahora ya, en la seguridad de mi hogar, y mientras escribo estas lineas, en la fria oscuridad de la noche, pienso en aquel lugar, en aquella mazmorra, en aquella cadena ondulante. Un escalofrío recorre mi cuerpo. ¿Que se sentirá allí, en plena noche sin luna?

Publicado bajo licencia [Creative Commons BY-NC-ND](#)

Enlace original del relato: [ir al relato](#)

Otros relatos del mismo autor: [M^a José Mata](#)

Más relatos de la categoría: [Intriga / suspense](#)

Muchos más relatos en: [cortorelatos.com](#)